

Responder a la intercesión celestial de Cristo, orando ante el altar de oro del incienso

Lectura bíblica: He. 7:25; Col. 3:1-4; Éx. 30:1-10

I. Cristo, en Su ministerio celestial, está intercediendo, ministrando y llevando a cabo la administración de Dios, y nosotros debemos ser de aquellos que responden a las actividades que Cristo realiza en Su ministerio celestial—He. 2:17; 4:14; 7:25-26; 8:1-2; Ap. 5:6; Col. 3:1-4; 1:9; 4:12:

- A. Él, como Sumo Sacerdote, intercede; como el Ministro celestial, ministra; y como el Redentor que tiene los siete ojos de Dios, administra el gobierno de Dios para que se lleve a cabo el propósito de Dios—He. 7:25-26; 8:1-2; Ap. 5:6.
- B. El ministerio que Cristo lleva a cabo en los cielos requiere de una respuesta por parte nuestra; necesitamos ser en la tierra un reflejo del ministerio celestial de Cristo, expresando las mismas oraciones que hace el Cristo que intercede—Col. 3:1-4; Ro. 8:34:
 - 1. Nuestras oraciones le proveen a Cristo, la Cabeza, un camino para llevar a cabo Su administración por medio de Su Cuerpo—Col. 1:9-10, 18; 2:19; 3:1-2; 4:12.
 - 2. Mientras la Cabeza realiza en el cielo la labor de interceder, ministrar y administrar, nosotros, el Cuerpo, realizamos en la tierra la labor de responder al ministerio celestial de Cristo y de reflejar lo que Él está haciendo—He. 2:17; 4:14; 7:26; 8:1-2; Ap. 5:6.
 - 3. Debemos aspirar a ser uno con el Señor en Su ministerio celestial y a tener un corazón que sea uno con Su corazón; también debemos anhelar ser uno con Él en el sacerdocio, ministerio y administración que Él está ejerciendo—1 Co. 6:17.

II. A fin de responder a la intercesión celestial de Cristo, es necesario que recibamos una visión del altar de oro del incienso—Éx. 30:1-10:

- A. El altar del incienso representa a Cristo como el Intercesor—He. 7:25; Ro. 8:34.
- B. El altar del incienso es un tipo de Cristo y representa al Cristo que ora—Éx. 30:1-3.
- C. El altar del incienso es el lugar donde se da origen a las actividades que ocurren en todos los otros lugares del tabernáculo y el atrio—He. 7:25.
- D. La vida intercesora de Cristo, Su vida de oración, es el centro desde donde se ejerce la administración divina—Ro. 8:34; Ap. 8:3-4:
 - 1. La vida de oración de Cristo es el centro desde donde Dios ejerce Su gobierno sobre la tierra—Jn. 17.
 - 2. Las oraciones que ofrecemos a Dios en el altar del incienso es lo que hace que se lleve a cabo Su administración—Ap. 8:3-4.
 - 3. La oración ofrecida en el altar del incienso rige el universo.
 - 4. El altar del incienso podría considerarse la Casa Blanca celestial; este centro divino da origen a todas las actividades y desde allí se ejecuta y se lleva a cabo todo.
- E. Después de Su resurrección y ascensión, el Cristo que era un solo individuo llegó a ser el Cristo corporativo; por lo tanto, delante de Dios hoy en día no sólo intercede Cristo como un solo individuo, sino también el Cristo corporativo, esto es, la Cabeza con el Cuerpo—1 Co. 12:12; Hch. 12:5, 12:
 - 1. Hoy en día el intercesor no es solamente Cristo sino Cristo y Su Cuerpo—Ro. 8:26-27, 34.
 - 2. Cristo, la Cabeza, intercede en los cielos, y la iglesia, el Cuerpo, intercede en la tierra—He. 7:25; Hch. 12:5, 12.

3. Nosotros somos miembros de Cristo y partes del Cristo Cuerpo y, como tales, cooperamos con Cristo en Su ministerio de intercesión, haciendo oraciones de intercesión que expresan Su intercesión—Ro. 8:26-27, 34; 1 Ti. 2:1.
- F. Si recibimos la visión del altar del incienso, nuestra vida de oración cambiará radicalmente; oraremos para que se lleve a cabo el propósito de Dios, para que se lleve a cabo la administración divina y para que sea impartida la suministradora gracia de Dios.

III. A fin de responder a la intercesión celestial de Cristo, debemos tener la experiencia que corresponde al altar de oro del incienso—Éx. 30:1-10; Ro. 8:26-27; 1 Ti. 2:1:

- A. Debemos participar en la vida intercesora de Cristo—Ef. 6:18-19; Col. 4:3; 1 Ts. 5:25; 2 Ts. 3:1; He. 13:18.
- B. La clase de oración que ofrezcamos dependerá de la clase de persona que somos—Lc. 9:54-55; 1 Ti. 2:8; Ef. 6:18; Col. 1:9-10.
- C. Si hemos de interceder junto con Cristo en el altar del incienso, es preciso que veamos tres asuntos cruciales:
1. Cuando oremos, debemos estar en el tabernáculo; es decir, debemos estar en Dios—Jn. 1:14; 14:2-3, 20, 13-14; 15:4a, 7; 17:24, 26b.
 2. Antes de disponernos a orar, debemos saciar primero nuestra hambre con la comida santa; es decir, al orar debemos tener a Dios dentro de nosotros como el suministro que nos suple energía—1:29; 6:53-56.
 3. Cuando oremos, debemos ofrecer incienso a Dios; es decir, que Cristo como el incienso debe añadirse a nuestra oración—Éx. 30:34-38; Ap. 8:3-4.
- D. Cuando oremos en el altar del incienso, no debe haber ni fuego extraño ni incienso extraño en nuestra oración—Lv. 10:1; Éx. 30:9a:
1. El fuego extraño en nuestra oración alude a cierta clase de motivos que son naturales y que no han sido eliminados por la cruz—Lv. 10:1.
 2. El incienso extraño en nuestra oración alude a una oración que no tiene nada que ver con Cristo—Éx. 30:9a.
- E. Si hemos de orar en el tabernáculo en el altar del incienso, debemos ser consumidos hasta convertirnos en cenizas, hasta ser reducidos a nada—Lv. 6:13; Sal. 20:3; Gá. 2:20; 1 Co. 1:28b:
1. Estar en el tabernáculo es estar en Dios, y el requisito para estar en Dios es que lleguemos a ser nada—Jn. 15:4a, 5b.
 2. Si somos consumidos hasta convertirnos en cenizas, dejaremos de ser personas naturales—1 Co. 2:14-15:
 - a. Nuestra conducta, nuestra visión y nuestras virtudes, en conjunto, son equivalentes a nuestro ser natural, el cual es contrario a Cristo como el testimonio de Dios.
 - b. Si hemos de orar en el altar del incienso, debemos desechar completamente nuestra conducta natural, nuestra visión natural y nuestras virtudes naturales.
 - c. Si hemos de orar en el altar del incienso, Cristo debe ser nuestro suministro de vida para que podamos tener una conducta apropiada, debe ser nuestra luz para que podamos tener una vista apropiada, y debe ser nuestra virtud para que podamos despedir una dulce fragancia que ascienda a Dios.
- F. Cuando oramos en el altar del incienso, nos es difícil estar preocupados por nuestros propios asuntos, y, en lugar de ello, oramos para que se lleven a cabo la economía de Dios, la impartición de Dios, el mover de Dios y el recobro de Dios—Ef. 1:17-23; 3:14-21; Col. 1:9-10; 4:12.